

El semiólogo salvaje*

Los veinte años de la desaparición de Roland Barthes han pasado prácticamente inadvertidos en Francia. Un breve coloquio, dos o tres emisiones de radio, algún furtivo libro de homenaje y la promesa de una exposición en el Centro Georges Pompidou agotan la lista de eventos de una muy pobre conmemoración. Pareciera que ya nadie recuerda a Barthes o, mejor; que ya nadie quiere recordar a Barthes. Como otras figuras de la aventura estructuralista, el semiólogo sigue recluido en el oscuro purgatorio al que lo condenan no sólo las persistentes reservas de los universitarios sino también el ofuscamiento de una clase intelectual demasiado ocupada en hacerse un lugar en el presente como para poder ofrecernos una revisión crítica de su legado. Bien lo sabía el autor de *Système de la mode*: los cenáculos parisienses no viven sino por y para la actualidad. Anatemizado, reducido a la caricatura del homosexual narcisista o simplemente olvidado, Barthes es hoy apenas la sombra de su sombra y una muestra más de la reprimida memoria de la *intelligentzia* francesa ante el pensamiento de los sesenta.

Para reparar de algún modo la injusticia, no habría estado mal que se hubiera publicado en París –y en 2000– *El semiólogo salvaje* de Rafael Castillo Zapata. Este joven ensayista venezolano ya se había dado a conocer, hace unos diez años, con su *Fenomenología del bolero*, un viaje sentimental y conceptual por los discursos amorosos del Caribe, muy a la manera barthesiana. Su nuevo libro hace explícita su deuda para con el maestro francés y constituye justamente una brillante lectura de la trayectoria intelectual de Barthes a lo largo de tres décadas, entre 1953 y 1973. Se trata, como es sabido, de un período decisivo: el capítulo central en la epopeya del semiólogo, desde sus inicios en la revista *Théâtre Populaire* hasta el viaje a Japón y la publicación de *L'Empire des Signes*. Castillo Zapata cubre este extenso territorio con una exposición detallada de las distintas encrucijadas teóricas, históricas y éticas que marcan la obra de un hombre fascinado por los signos y por el enigma del sentido –un hombre que, como se muestra en el ensayo, quiso ante todo ser fiel a su pasión, pero que no por ello dejó

* El semiólogo salvaje. Rafael Castillo Zapata, Fondo Editorial Fundarte, Caracas, 1998, 199 pp.

de dialogar intensamente con sus predecesores y contemporáneos. Michelet, Saussure, Brecht, Camus y Sartre son algunos de esos interlocutores privilegiados cuya influencia se analiza cuidadosamente, tanto en sus aspectos positivos como negativos. Cada uno señala un momento en la sinuosa construcción de la ciencia barthesiana de los signos. Ya a comienzos de los años cincuenta, Sartre aporta así los fundamentos de una crítica ideológica de la significación. Le sigue el descubrimiento de Saussure y de la ciencia lingüística, y la relectura de Michelet, modelo de enunciación de un sujeto histórico que, a la manera de un fenomenólogo *avant la lettre*, se implica en el acto mismo de conocer. Frente a ellos se alzan, como necesaria corrección, como matización o contrapeso, el ejemplo de Camus con su escritura blanca y su defensa de la libertad intelectual, y, sobre todo, la cara presencia de Brecht, quien, al decir de Castillo Zapata, «viene a promover el encuentro dichoso entre el compromiso, la científicidad y el placer».

Estos tres términos forman el triángulo de variables geometrías que, repetidamente, organiza la interpretación del itinerario de Barthes. El compromiso traduce las inclinaciones utopistas que le llevan a concebir la semiología como un desenmascaramiento de la reificación burguesa del sentido —fenómeno que el autor

llama «naturalización». La nueva ciencia tiene, en efecto, un papel subversivo: ser el arma que pone al descubierto las mistificaciones del lenguaje contemporáneo. No es otro el proyecto de *Mitologías* ni el camino que le conduce a Brecht y, más tarde, a la órbita ideológica de *Tel Quel*. Pero, como lo demuestra Castillo Zapata, esta línea del pensamiento barthesiano, de clara estirpe sartreano-marxista, mal se aviene con el individualismo y la actitud libertaria del semiólogo, dos magos que lo alejan del dogmatismo y de la inevitable parálisis intelectual que acarrea la asunción de un credo único. De ahí la importancia del teatro brechtiano, pues, en las piezas del dramaturgo alemán, Barthes descubre la posibilidad de desplazar creativamente la cuestión del compromiso, sacándola del esquema de la mera denuncia política y replanteándola en el campo de la invención de nuevos lenguajes críticos. «La experiencia radicalmente gozosa del teatro —apunta el venezolano— vuelve a promover, así, una mutación en el desarrollo de esa ciencia de los signos que Barthes no se cansará de ver como una ciencia dramática: desde *El grado cero de la escritura* hasta *El placer del texto*, asistimos al desarrollo de esa vasta representación teórica donde el sentido del mundo se revela constantemente como espectáculo». Su actitud ante la exigencia científica no es muy distinta. Desde una posi-

ción marginal, lejos de un medio universitario que siempre lo trató con suspicacia –cuando no con desdén–, el semiólogo concibe su labor como una investigación que, suspendiendo todo contenido doctrinal, proyecta la sombra del sujeto en la elaboración de su discurso teórico. Más que Saussure, es Michelet, como ya se ha dicho, la figura clave en este nuevo desplazamiento. El historiador-escritor o, mejor, el escritor-historiador constituye asimismo el paradigma que, mucho antes que *Tel Quel*, le invita a celebrar las nupcias entre la teoría y la práctica de la escritura, como los dos rostros de un mismo compromiso, de una misma búsqueda y, por supuesto, de un solo placer.

Sería inútil tratar de resumir en estas escasas líneas todas y cada una de las ricas facetas del hombre y de la obra examinadas por Castillo Zapata. Con una prosa lenta y elaborada, que prolonga sin temor la extensión de sus frases, el autor

traza la viva silueta de un personaje en constante movimiento que supo encarnar, como pocos, el espíritu conflictivo de su época. Sus errores, sus contradicciones y aporías no cuentan aquí menos que sus aciertos, y todos convergen hacia la imagen final de un destino trágico, signado por la lucidez y por el afán de libertad en un tiempo de pesadas servidumbres ideológicas. Es de esperar que *El semiólogo salvaje* encuentre un nuevo editor que difunda el libro fuera de Venezuela, pues no creo equivocarme si digo que se trata de uno de los trabajos más complejos e interesantes que se han publicado recientemente sobre Roland Barthes. Castillo Zapata nos da, con él, una muestra suplementaria de su capacidad de análisis y de su fina pluma, las mejores credenciales de un excelente ensayista.

Gustavo Guerrero